

## ENCICLICA "QUOD AUCTORITATE APOSTOLICA" (\*)

(2-XII-1885)

EN QUE SE TRATA DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO

LEON PP. XIII

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica*

257

**1. Utilidad del Nuevo Jubileo.** Lo que por Nuestra Autoridad Apostólica ya una y otra vez hemos determinado, a saber; que en todo el orbe cristiano se celebre un Año Santo extraordinario, ofreciendo para el provecho común los tesoros de los dones celestiales, cuya concesión está en Nuestra potestad; hemos juzgado conveniente otorgarlo también con el favor de Dios para el próximo año.

A vosotros, Venerables Hermanos, que conocéis el estado actual de los tiempos y de las costumbres, no os puede quedar oculta en manera alguna la utilidad de esta medida.

**Fin especial: inculcar el régimen cristiano.** Pero hay además otra especialísima razón por la cual, más que por otro concepto, esta determinación Nuestra parece de mayor oportunidad. Habiendo tratado en Nuestra anterior Encíclica de cuánto importa a la sociedad acercarse cada vez más a la verdad y al régimen cristiano, se ve claramente cuán conveniente es coadyuvar con cuantos medios estén a Nuestro alcance, a este Nuestro propósito, para que los hombres se inclinen o vuelvan a las virtudes cristianas. La sociedad es tal cual la forman las costumbres de los pueblos, y a la manera que la perfección de un navío o un edificio depende de la bondad y buena disposición de sus partes, así también el orden de los intereses públicos no puede ser seguro y recto si los ciudadanos no siguen el buen camino. Todo aquello que en el orden civil y en lo que constituye la

vida pública tiene por únicos autores a los hombres, nace y muere como ellos, pues el hombre suele grabar en sus cosas el sello de sus costumbres y opiniones. A fin, pues, de que todos se penetren profundamente de aquellas Nuestras enseñanzas, y principalmente, ajusten a ellas su vida ordinaria, se ha de trabajar porque todos se persuadan a pensar y obrar pública y privadamente como cristianos.

**2. Motivos mayores son los peligros actuales.** Y tanto mayor esfuerzo han de hacer para lograrlo, cuanto mayores son los peligros que amenazan por todos lados. Cesaron en gran parte aquellas grandes virtudes de Nuestros abuelos; las pasiones, ya por sí impetuosas, han adquirido mayor fuerza con la licencia; el delirio de las opiniones, por ninguno o por muy insuficientes frenos comprimida, se difunde más cada día; aun de los que sienten rectamente, muchos, contenidos por vergüenza mal entendida, no se atreven a confesar con libertad sus creencias, y mucho menos a ponerlas en práctica; la profusión de perniciosos ejemplos influye continuamente en las costumbres populares; las abominables asociaciones, por Nos mismo denunciadas en otra ocasión, habilísimas en ardidés malvados, trabajan cuanto pueden por dominar al pueblo y apartarle y enajenarle de Dios, de los deberes sagrados y de la fe cristiana.

25

**3. Anuncio del sagrado jubileo.** Rodeados, pues, de tantos males, que aún

(\*) Acta Sanctæ Sedis, 18 (1885/86) 257-262. — Los números en el margen indican las páginas del texto original en ASS, vol. 18. (P. H.)

resultan más graves por su misma duración, no hemos de dejar pasar ninguna ocasión que ofrezca alguna esperanza de aliviarlos. Con tal designio y esperanza hemos de anunciar el sagrado Jubileo, avisando y exhortando a cuantos desean la salvación, para que se recojan un poco, y levanten más alto sus pensamientos apegados a la tierra. Lo cual ha de ser saludable, no sólo a los individuos, sino a la sociedad también; pues cuanto cada uno adelante en la perfección de su espíritu, tanto más añadirá de moralidad y virtud a la vida y costumbres públicas.

**4. Esmerada preparación: a) Penitencia y templanza.** Comprenderéis empero, Venerables Hermanos, que el deseado éxito de este asunto depende en gran parte de vuestro celo y diligencia, pues es necesario preparar conveniente y esmeradamente al pueblo para que reciba como es debido los frutos que se le ofrecen. Así, pues, vuestra caridad y sabiduría se encargará de confiar este asunto a sacerdotes escogidos, para que instruyan al pueblo con piadosos sermones acomodados a la comprensión de la mayoría del pueblo, y principalmente le exhorten a la penitencia, que, según SAN AGUSTÍN, es *la pena cotidiana de los fieles humildes y virtuosos, por la cual herimos nuestros pechos diciendo: Perdónanos nuestras deudas*<sup>(1)</sup>. No sin motivo citamos en primer lugar la penitencia, y la voluntaria mortificación corporal, que es parte de ella. Conocéis el carácter de nuestro siglo: gusta a los más vivir delicadamente y no obrar nada con virilidad y grandeza de alma. Estos, cayendo en otras muchas debilidades, fingen con frecuencia pretextos para quebrantar las saludables leyes de la Iglesia, alegando que se les impone una carga superior a sus fuerzas al mandarles abstenerse de cierto género de manjares, o ayunar unos pocos días al año. Enervados por esta costumbre, no es de maravillar que poco a poco se entreguen del todo a los insaciables apetitos. Por tanto, es preciso excitar a la templanza los ánimos decaídos o propensos a la molicie; por lo cual los

predicadores del Jubileo, deben enseñar con diligencia y claridad al pueblo, que no sólo la ley Evangélica, sino la misma razón natural prescribe el deber que tiene cada uno de dominarse a sí propio y tener enfrenadas las pasiones, y que las culpas no pueden expiarse sino por la penitencia.

**Orden Tercera Franciscana.** Y para <sup>259</sup> que esta virtud se arraigue y dure, no dejaría de ser oportuno ponerla bajo la tutela y guarda de una Institución estable. Fácilmente comprenderéis, Venerables Hermanos, que estas palabras van dirigidas a que perseveréis en proteger y propagar en vuestras respectivas Diócesis la Orden Tercera de SAN FRANCISCO, llamada *seglar*. Mucho han de valer, en efecto, para conservar y fomentar en el pueblo cristiano el espíritu de Penitencia, los ejemplos y la intercesión del V. Padre SAN FRANCISCO DE ASÍS, que unió con la más perfecta inocencia tanto ardor de mortificación de sí mismo, que parece llevaba la imagen de Jesucristo, no menos en la vida y las costumbres, que en las llagas impresas por Dios en su cuerpo. Las leyes de esa Orden, que oportunamente hemos templado, son suavísimas, y tienen gran importancia para la virtud cristiana.

**5. b) Oración y confianza.** Fundándose toda esperanza de salvación en medio de tantas necesidades privadas y públicas, en el patrocinio y amparo del Padre Celestial, deseáramos también en gran manera que renaciese el espíritu constante de oración unido con la confianza. En todos los momentos solemnes de la sociedad cristiana, cuando la Iglesia se vió oprimida por peligros externos o calamidades internas, Nuestros predecesores, alzando los ojos suplicantes al cielo, enseñaron convenientemente de qué modo y en dónde había de buscarse luz para el espíritu, fuerza para la virtud y remedios adecuados a las circunstancias. Tenían siempre ante los ojos aquellos preceptos de JESUCRISTO: *Pedid y se os dará*<sup>(2)</sup>; *conviene orar siempre y nunca*

(1) S. Agustín, Epist. 108 (Migne PL. 33 [Epist. 265] col. 1089).

(2) Mat. 7, 7.

*desfallecer*<sup>(3)</sup>. Eco de estos preceptos es la voz de los Apóstoles: *Orad sin intermisión*<sup>(4)</sup>: *ruégoos, pues, ante todo que hagáis plegarias, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres*<sup>(5)</sup>.

Con no menos agudeza que verdad escribió a este propósito SAN JUAN CRISÓSTOMO aquel simil: así como al hombre que nace desnudo y necesitado de todo, le dió la naturaleza manos con que proporcionarse lo necesario para vivir: así, en lo sobrenatural, en que nada puede alcanzar por sí solo, le concedió el Señor la facultad de orar, con la cual, oportunamente empleada, alcanzase fácilmente lo necesario para su salvación.

**El santo Rosario.** De todo esto deducid, Venerables Hermanos, cuán grato y satisfactorio Nos es vuestro celo empleado en promover la devoción del santísimo *Rosario*, propuesta por Nos principalmente en estos últimos años. 260 No merece pasarse en silencio el incremento que con ella parece haber tomado casi en todas partes la piedad popular; pero es preciso poner sumo cuidado en que más y más se encienda y se conserve con perseverancia. Ninguno de vosotros extrañará que insistamos en exhortar a lo que ya más de una vez hemos exhortado, pues bien sabéis cuánto importa que entre los cristianos florezca la práctica del *Rosario de María*, y conocéis perfectamente que es una parte y forma del espíritu de oración de que os hablo, bellísima, acomodada a Nuestros tiempos, fácil de practicar y muy fructuosa.

**6. e) La mutua caridad.** Mas como, según arriba indicamos, el primero y principal fruto del Jubileo debe ser la mudanza de la vida y el adelanto de la virtud, creemos especialmente necesario huir de aquel mal que dejamos señalado en Nuestra anterior Encíclica. Nos referimos a las intestinas y casi domésticas discordias de algunos de los Nuestros, que disuelven o relajan por lo menos el vínculo de la caridad, con incalculable daño de las almas. Os

recordamos aquí de nuevo esta enseñanza, Venerables Hermanos, celadores de la disciplina eclesiástica y de la mutua caridad, porque queremos que empleéis sin cesar vuestra vigilancia y vuestra autoridad en evitar ese mal tan grave. Procurad con vuestros consejos, exhortaciones y reprensiones, que todos sean *solícitos en conservar la unidad de espíritu por los vínculos de la paz*, y para que se reduzcan a su deber los que promuevan disensiones, recordando sin cesar que el Unigénito Hijo de Dios en el momento de acercarse sus últimos tormentos, nada pidió a su Padre con tanta vehemencia como el que se amasen entre sí los que creyesen o hubiesen de creer en él, *para que todos sean uno, así como tú, Padre, lo eres conmigo y yo contigo, para que ellos también sean una misma cosa con nosotros*<sup>(6)</sup>.

**7. Los tesoros espirituales.** Así pues, por la misericordia de Dios omnipotente, y confiados en la autoridad de los bienaventurados Apóstoles SAN PEDRO y SAN PABLO, por la potestad de atar y desatar que el Señor, aunque indignos, Nos ha otorgado, concedemos a todos y cada uno de los fieles de ambos sexos plenísima indulgencia de todos sus pecados en forma de Jubileo general; pero con la condición y ley de practicar dentro del próximo año 1886 lo que a continuación se expresa:

**Las condiciones: en Roma.** Los que moren en Roma como vecinos o huéspedes, visitarán *dos veces* la Basílica Lateranense, la Vaticana y la Liberiana, y en ellas orarán por algún rato fervorosamente al Señor, según Nuestra intención, por la prosperidad y exaltación de la Iglesia católica y de esta Sede Apostólica, por la extirpación de las herejías y la conversión de todos los pecadores, por la concordia de los Príncipes cristianos y por la paz y unidad 261 de todos los fieles. Ayunarán dos días con abstinencia de carne, fuera de los días no comprendidos en el indulto cuadragesimal, o por otra razón con-

(3) Luc. 18, 1.

(4) I Tes. 5, 17.

(5) I Tim. 2, 1.

(6) Juan 17, 21.

sagrados a ayuno de estricta obligación por precepto de la Iglesia; recibirán además, confesados debidamente sus pecados, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y cada uno, según sus facultades, y consultándolo con su confesor, dará alguna limosna para una obra piadosa. Dejamos en completa libertad de elegir la que más agrade a cada cual; sin embargo, creemos oportuno designar dos especialmente, en las cuales estará perfectamente empleada la caridad, ambas necesitadas en muchas partes de auxilio y amparo, ambas no menos útiles a la sociedad que a la Iglesia, a saber: *las escuelas privadas de niños y los seminarios eclesiásticos.*

**Las condiciones: fuera de Roma.** Todos los demás que vivieren en cualquier punto fuera de Roma, visitarán *dos veces*, dentro del tiempo designado, tres templos, que han de ser señalados por Vos, Venerables Hermanos, o por vuestros Vicarios u Oficiales, o de encargo vuestro o de ellos, por los que ejercen la cura de almas; o *tres veces* si sólo hubiese dos templos, o *seis* si uno solo; y practicarán además todas las obras que arriba indicamos. Es Nuestra voluntad que pueda también aplicarse esta indulgencia, por modo de sufragio, a las almas de los que murieron unidos con Dios por la caridad. Os autorizamos además para que podáis reducir a menor número, según vuestro prudente arbitrio, estas visitas, para cualesquiera Cabildos y Congregaciones, tanto de seculares como de regulares, Cofradías, hermandades, corporaciones o colegios que visitaren profesionalmente las Iglesias referidas.

**Viajeros y Religiosos.** Concedemos igualmente que los navegantes y viajeros, al llegar a su domicilio o a determinado punto de parada, puedan ganar la misma indulgencia visitando *seis veces* el templo principal y practicando lo demás arriba prescripto. Concedemos también a las personas regulares de ambos sexos, incluso las que viven en perpetua clausura, así como a cualesquiera otras, tanto seculares como eclesiásticas, que por estar encarceladas, enfermas, o por cualquiera otra causa

justa, no puedan practicar las mencionadas obras o alguna de ellas, que pueda el confesor conmutárselas en otras obras piadosas, facultando además para dispensar de la Comunión a los niños que aún no han sido admitidos a la primera.

**Confesores.** Facultamos también a todos y cada uno de los fieles, tanto seculares como eclesiásticos, seculares y regulares de cualquier orden o Instituto, aun de los que sea preciso nombrar especialmente, para que a este efecto <sup>262</sup> puedan elegir cualquier presbítero de los actualmente aprobados por confesor sea secular o regular; y de esta facultad pueden usar las Religiosas, las novicias y las demás mujeres que vivan en la clausura; con tal que el Confesor esté aprobado por las Monjas. A los confesores, con esta ocasión y solamente mientras dure el tiempo de este Jubileo, les concedemos todas y las mismas facultades que les concedimos por Nuestra Bula *Pontifices Maximi* expedida el día 15 de Febrero de 1879, pero con todas las excepciones allí consignadas.

**8. El Patrocinio de la Santísima Virgen del Rosario.** Ahora, procuren todos con sumo cuidado agradar a la gran Madre de Dios tributándole en ese tiempo muy especial culto y reverencia; pues queremos que este santo Jubileo se celebre bajo el Patrocinio de la Santísima Virgen del *Rosario*, y con su ayuda esperamos que muchos serán los que laven su alma de pecados y revivan a la fe, la piedad y la justificación, no sólo con la esperanza de su salvación, sino con auspicios de días más tranquilos.

**9. Conclusión.** Como augurio de estos beneficios celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, otorgamos gustosísimos en el Señor la bendición Apostólica a vosotros, al Clero y a todo el pueblo encomendado a vuestro celo y vigilancia.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 22 de Diciembre del año 1885, octavo de Nuestro Pontificado.

LEON PAPA XIII.